



**Franca Maccioni y Javier Martínez Ramacciotti
(Compiladores)**

Hacer. Ensayos sobre el recomenzar

Buenos Aires

Teseo

2016

278 páginas

Dardo Scavino¹

Ya empezamos de nuevo

Desde sus propios inicios la filosofía se ocupó de los comienzos. Y a esta filosofía que se ocupó de los comienzos –de la *archê*, decían los griegos–, los discípulos de Aristóteles la llamaron “metafísica”. La historia de la metafísica se convirtió así en la historia de los diversos comienzos: cada época de la metafísica puso en el comienzo –*en archê*– una entidad diferente, entre las que se destacan, sin duda, los dioses, los hombres y las palabras. Aunque los propios filósofos llegaron a manifestar un menosprecio ostensible por la noción de metafísica, no dejaron de reivindicar el

pensamiento radical –las raíces, los comienzos, los principios– y hasta retomaron el vocablo *archê* para hablar de arqueología. Heidegger anunció no obstante que la metafísica había llegado a su fin, lo que significaba que había llegado a su fin la interrogación sobre el comienzo. Y este final coincidía, supuestamente, con la culminación de la historia: la imposibilidad, para los “últimos hombres”, los de la “sociedad del cansancio”, de comenzar nuevamente.

Los autores de *Hacer. Ensayos sobre el recomenzar* vuelven a preguntarse

¹ Filósofo, ensayista y crítico literario argentino. Magíster en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Doctor en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos por la Universidad de Bordeaux.

Actualmente, es profesor de Cultura latinoamericana en la Universidad de Pau (Francia). Mail de contacto: scavino.dardo@gmail.com

acerca de lo que significa el comienzo y a colocar en *arché*, otra vez, una entidad. “Hace dos años”, cuentan Franca Maccioni y Javier Martínez Ramacciotti en la introducción a esos ensayos, “iniciábamos un cronograma de lecturas en torno a diferentes textos, que versaban sobre, dicho rápidamente, el nihilismo, las catástrofes, las diversas modulaciones del fin”. “Desde un principio”, sin embargo, se negaron a iniciar su programa “desde el cansancio” para hacerlo “desde el deseo, infantil quizás, entusiasta seguro, de hallar algún resquicio, donde la cifra de una afirmación nos estuviera aguardando”. Y como lo advirtieron ellos mismos, el “deseo” que les permitía comenzar esa tarea constituía la respuesta a su interrogación sobre el comienzo. Porque hasta el “goce escatológico de un nihilismo pasivo y reactivo”, escribía Jean-Luc Nancy en un texto que inspiró el título de esta compilación, proviene de algún deseo. En cada uno de estos “médicos culturales” el filósofo francés adivinaba “la persistencia intermitente de un deseo –pero de un deseo sin ley ni objeto *a priori*– que guía las miradas hacia la pesquisa de los vestigios en los que aún resta una *vitalidad desesperada*”, vitalidad “donde se anuncia (aunque sin teleología ni certeza alguna) la potencia de lo que elegimos pensar como un *re-comienzo* posible”. Del mismo modo que deshacer no significa no hacer nada, el deseo de nada que caracteriza al nihilismo no se confunde con la nada de deseo. Aunque no lo queramos, el querer ya está ahí desde el comienzo. Y la metafísica moderna se habría iniciado, según Heidegger, con esta elevación del querer a la dignidad del comienzo.

Si los autores de *Hacer* ponen, con Jean-Luc Nancy, el acento en el prefijo *re-* del verbo *recomenzar*, se debe a que están aludiendo, por empezar, a una repetición:

comenzamos otra vez porque estamos imposibilitados “de originar una novedad radical”. Pero repetir “lo acontecido” – Benjamin había reflexionado bastante acerca de esto– no significa precipitarse inexorablemente en la tragedia o en la farsa sino intensificar “los campos de posibles que no agotaron su potencia en la historia efectiva”, reactivar las potencialidades que ya se encontraban ahí aunque no se realizaran nunca. El *Hacer* del título no sería, a fin de cuentas, sino la actualización de esas potencias.

Los autores de *Hacer* se inscriben por este motivo en la tradición metafísica. A esa actualización de la potencia, Aristóteles la había llamado *energeia*, vocablo que significaba, justamente, “hacer”, y que los pensadores romanos tradujeron por el participio de *agere*: *actus*, hecho. Un cosa no es solamente un hecho, lo que llegó a ser aquí y ahora, sino también lo que puede ser aunque no haya llegado a serlo nunca. En esta tradición se había inscripto ya Friedrich Nietzsche cuando aseguró que la esencia de las cosas era *der Wille zur Macht*: la voluntad de poder o el deseo de potencia. Cada cosa desea actualizar todas sus potencialidades. O si se prefiere: la actualización de todas sus potencialidades es el deseo de la cosa. Y es por este mismo motivo que el hacer (*machen*) no sería algo distinto de la realización de estas potencias. Suponer que la historia humana llegó a su fin significaría diagnosticar el agotamiento de sus posibilidades y, como consecuencia, la extinción de su deseo: la humanidad habría hecho ya todo lo que podía llegar a hacer. No le quedaría más remedio que recomenzar repitiendo las figuras históricas que conoció en el pasado. Habría que preguntarse si el Eterno Retorno de Nietzsche sería el nombre del aburrimiento y el desánimo depresivo del último hombre, el hombre que ya no tiene

nada que hacer. Los autores de *Hacer* insinúan, siguiendo a Nancy, otra respuesta: al hombre no hay que darlo por hecho porque recomenzar significa hacer o actualizar las potencias de la humanidad que, en el pasado, quedaron sin realizarse, de modo que el retorno del pasado no se confundiría en ningún caso con una vuelta de lo hecho.

Sucede que, para Aristóteles, la potencia era finita: se agotaba en ese acto que constituía su finalidad. Como el artista de René Magritte que pintaba un pájaro volando mientras observaba un simple huevo, Aristóteles pensaba que la semilla era una planta en potencia y la planta, una semilla en acto. Para Spinoza, por el contrario, la potencia era infinita, lo que significa que ninguna actualización se confundía con su “fin” en los dos sentidos del vocablo. Quienes piensan que la historia llegó a su fin, suponen que nuestra época es el *telos* de la humanidad y el agotamiento de sus potencialidades. La humanidad, por decirlo así, ya está hecha y sólo le quedaría repetir, a partir de ahora, las cosas hechas antaño, como lo preconizó cierta arquitectura que dio en llamarse posmoderna. Sólo nos quedaría ser “neo-algo”, lo que significa que no habría, paradójicamente, nada nuevo bajo el sol. Y uno de los profetas de este final, Francis Fukuyama, recurrió precisamente a la figura nietzscheana del “último hombre” para referirse a este fin. El último hombre, el hombre al que no le queda nada por hacer, no sería sino el hombre hecho y derecho. ¿A esto estaría aludiendo entonces Nietzsche cuando evocaba el Eterno Retorno? ¿A esta humanidad que sólo podía repetir sus configuraciones pasadas? Todo el mundo sabe que Nietzsche anunció también el advenimiento de un “superhombre”, pero todo el mundo se muestra igualmente muy cauto al abordar este personaje, sobre todo

después de la interpretación pergeñada por célebre un pintor frustrado.

No es casual, en este aspecto, que esta colección de ensayos se inicie con dos textos: una carta de Georges Didi-Huberman al pintor alemán Gerhard Richter, en la cual interpreta unos lienzos vacíos de su impecable atelier como “todavía-no-cuadros”, y un artículo de Fabián Ludueña Romandini acerca del concepto de Eterno Retorno en la filosofía de Nietzsche. A su carta, Didi-Huberman la intituló *Sortir du plan*, expresión que Franca Maccioni tradujo por “Salir del plan(o)” para conservar la ambigüedad de la palabra francesa: plan (intención, propósito o proyecto) y plano (superficie, toma o representación cartográfica). Salir del plan(o) significa, entre otras cosas, escapar de lo previsto y un pintor da algo a ver –a ver “de veras”– cuando elude lo previsto. El título del artículo de Ludueña Romandini vuelve a evocar este salirse del plan(o): “El Eterno Retorno: disquisiciones sobre la historia de la metafísica y el problema del Outside”. O bien los elementos que componen el universo son finitos y, en un tiempo infinito, sus combinaciones se repiten, o bien esos elementos son infinitos y sus combinaciones posibles también lo son. Como los “todavía-no-cuadros” del escritor francés, el pensamiento del *outside* supondría aventurarse en esos mundos virtuales.

En “El tiempo es el largo trueno que después retumba”, Ana Neuburger aborda por su parte el concepto benjaminiano de *Aktualität*. Benjamin se situaba, a este respecto, en las antípodas de Ingmar Bergman. Como el pintor de Magritte, el cineasta sueco veía en la Alemania de los años veinte el huevo de la serpiente. Para Benjamin, en cambio, la idea de que el nazismo se encontraba *in nuce* en esos años es una ilusión

retrospectiva. A diferencia de lo que pensaba Aristóteles, o el pintor aristotélico del mencionado Magritte, el futuro resulta, en cualquier presente concreto, imprevisible. Bergson ya había puesto en evidencia esta ilusión y Benjamin conocía bien sus textos. La imagen benjaminiana del pasado no es el huevo aristotélico o bergmaniano: como en esas imágenes congeladas de la fotografía que no nos permiten prever la continuación de un movimiento, como un fotograma aislado de una película sin continuación, la imagen benjaminiana es una instantánea del pasado en la cual este aparece como pura potencialidad. Al igual que en la laboriosa novela de Ts'ui Pên, seleccionar un momento histórico cualquiera, cortarlo de la línea recta de la historia, significa situarse en las bifurcaciones del tiempo. Por eso Neuburger agrega que ser contemporáneos no significa convertirnos en personajes de un momento histórico sino “habitar la cesura, en el punto de fractura donde los diferentes tiempos se encuentran”.

Siguiendo la misma línea de pensamiento, el volumen se completa con once artículos: “Habitar la catástrofe. Dialécticas del recomienzo según Walter

Benjamin” de Nicolás López; “Ángeles, Ninfas y *Stalkers*: poéticas del habitar y recomienzo de un porvenir material” de Belisario Zalazar; “Recomenzar un habla nueva”, ensayo de Gabriela Milone dedicado a la poesía; “Un zumbar (a)penas” de Franca Maccioni, sobre la poesía de Joaquín Giannuzzi; “Una posibilidad imaginaria de sobrevivida” de Javier Martínez Ramacciotti, consagrado a los *Cuadernos* del bahiense Mario Ortiz; “Las vanguardias en acto” de Luis Ignacio García; “Cada cabeza de un animal policefálico tiene su propio cerebro y esas cabezas pueden pelear entre sí” de Emilia Casiva, en donde se aborda igualmente la cuestión de las vanguardias; “Relámpago: imágenes desde el interior del monstruo” de Paula La Rocca; “Pictorialismo y Nueva Objetividad: Un recomienzo de la vanguardia fotográfica en Argentina” de Ianina Ipohorski; “*Quijote*, autor de Pierre Menard” de Fábio Salem Daie; y, para terminar, “*Começo, recomêço e arremeso*: el vacío de las formas previas y la búsqueda de una imagen como prolongación”, artículo de Silvana Santucci consagrado a la obra del cubano Severo Sarduy.